



podría tener su gracia si no fuese porque la pregunta no parece, en un principio, que pueda resultar problemática...

¿Cuántas veces lo hemos dicho?

¿Cuántas que no tiene uno, o una, o un hatajo, o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes etcétera más que, sin dejarse ganar por el desánimo, seguir adelante?

¿Cuántas que no hay más que llegar y decir lo primero que, como a Sergio Escalante, se le pase por la cabeza y, luego, decir que *porque el padre?*

¿Cuántas que nos hemos equivocado pero que en un alarde de esto y de lo otro?

¿Cuántas que no volveremos a repetir obviedades?

¿Cuántas que hemos perdido el hilo buscando un destornillador o sacacorchos o abrelatas o biela para cigüeñal de motor de combustión?

¿Cuántas que perder el hilo sería grave?

¿Cuántas que dejamos a la memoria hacer lo que le diese la real gana?

¿Cuántas que algunas tardes, sin que hubiese habido el menor indicio de que las cosas fuesen a torcerse, los planes se desbarataban?

¿Cuántas, en conclusión — y ésta es la última — a quién, solicitando detalles a veces peregrinos de tal o cual minucia, gustaba mortificar a sus...



Pero no quiere ni escucharme y me corta, tajante, sin dejarme terminar la última frase, con que no me empecine en marear la perdiz porque, dice:

- Me tiene sin cuidado; ni me importa ni llevo la cuenta de cuántas veces habremos repetido tales o cuales... ¿“obviedades”, dijiste?, ni el número de bielas para cigüeñal que... ¡quién no!, haya extraviado a lo largo de su vida. Pero, créeme, te conozco lo suficientemente bien para saber que, ese, te pongas como te pongas y te escudes tras el padre de quien quieras escudarte pretextando “porque”, no es tu estilo.